

Cecilia

Violeta Camaleón



Capítulo 1

Cecilia vació el bote sobre su mano derecha. Multitud de pastillitas redondas y rosas se amontonaban en su palma. «Quiero despertarme con él», se repetía a sí misma mientras sopesaba la idea que le rondaba la cabeza durante los últimos días. Había tomado una determinación. Ese cuerpo desgastado y huesudo, maltratado por las largas jornadas de trabajo en la tierra; ese recipiente ya vacío de tanto ofrecer, iba a llegar a su fin.

Desde la ventana de su habitación, Cecilia podía apreciar la calidez del sol primaveral en su rostro, pero eso ya no la consolaba.

Ella contemplaba su mano llena y sus dedos, unos dedos cada vez más deformados por la enfermedad. Tanto, que el anular derecho hacía tiempo que ya no podía lucir la alianza que le había mantenido unida a "él" más de cincuenta años. Pero eso ya no importaba; ahora no.

Y fue allí, en esa impersonal y modesta habitación con olor a rosas (las que puntualmente le enviaba David, el único que mínimamente la recordaba), donde Cecilia se prometió a sí misma que ese sería el último día que sus cansados e inútiles ojos apreciaran la luz.

No soportaba más mantener conversaciones con Daniela, a la que imaginaba sentada en la butaca a los pies de la cama, con el rostro emocionado como cuando era niña y recibía lecciones sobre cómo oxigenar la tierra de labranza o cómo cocinar un buen cocido. Su imagen se desdibujaba en algún momento, haciendo que los labios de Cecilia temblaran, y sus ojos pestañearan para evitar las lágrimas. Hacía tiempo que la familia Gabaldón no se preocupaba por ella.

Estaba agotada. Su voz se había convertido en un susurro que pocos escuchaban. Sus piernas necesitaban ayuda de un bastón para avanzar. Su cabeza, cada vez con más frecuencia, se obstinaba en anclarse en vivencias de su juventud, mezclando realidad y ficción en un juego que tan solo ella entendía.

En uno de esos cada vez menos frecuentes instantes de lucidez, ella consiguió un bote de somníferos del auxiliar de turno. Con el miedo propio de un niño al hacer una travesura, Cecilia escondió el bote entre sus mantas.

«Quiero despertarme con él», repetía continuamente en su mente mientras su cuerpo la abandonaba.

A lo lejos, muy lejos, creía adivinar voces angustiosas ininteligibles dirigiéndose a ella. No le importaban, ya no.

Cecilia ahora se sentía libre. Y por fin, después de años de espera, pudo «despertarse con él»